



Conocimiento e ideología*

Patricio Moncayo**

Pensar la Universidad es pensar el conocimiento. El conocimiento es un proceso social. Su desarrollo responde a los avatares de este proceso. En el Ecuador se destacan algunos hitos en esta travesía. La revolución liberal creó un nuevo escenario para la existencia y funcionamiento de la Universidad. Un escenario caracterizado por la libertad de cultos, por la separación de la Iglesia y del Estado, por el fin del providencialismo y de la verdad divina. La clase media que emergió luchó por la autonomía universitaria. Una autonomía que le liberaba a la Universidad de la tutela del Estado y que le abría a la libre circulación de las ideas. Se reivindicaron principios como la libertad de cátedra, el cogobierno, la democratización del saber.

* Discurso de orden pronunciado el 9 de junio de 2011, durante la ceremonia de aniversario de la Facultad de Comunicación Social.

** **Patricio Moncayo** es profesor principal, ex Decano y ex Sub Decano de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. Tiene estudios de sociología, ciencias sociales y ciencia política en la Universidad Central del Ecuador y en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Ecuador. Candidato al doctorado por FLACSO-Ecuador. Autor de libros sobre la realidad ecuatoriana y latinoamericana. Las publicaciones más recientes son: El golpe militar de 1963 y el fin de un período excepcional de estabilidad política (2010), Con la democracia a cuestas (2009) y El 28 de Mayo de 1944, una democracia fallida (2008).

La Universidad Central del Ecuador ha sido sede del pensamiento crítico, de la lucha contra las dictaduras, contra las oligarquías. Su voz fue escuchada en momentos de crisis. La juventud universitaria fue antena de las demandas sociales y populares. La organización de la Universidad en facultades respondió a la necesidad de formar profesionales capaces de contribuir al enfrentamiento de los problemas que afectaban y afectan a la población en los más diversos campos.

Esta Universidad siempre quiso estar cerca del pueblo, dado que éste no podía llegar a sus aulas. Pero, en tanto institución estatal, tuvo también que responder a las directivas del Estado. En este terreno la Universidad se conectó con la sociedad y con el Estado. Éste en ciertas etapas practicó el *laissez faire*, en otras optó por el intervencionismo. La autonomía, por tanto, fue un campo de disputa, sujeta a una cambiante correlación de fuerzas. La tensión entre el compromiso social y el acceso al saber se expresó en la coexistencia de la ciencia y la ideología. Es sobre esta tensión que quisiera centrar mi reflexión.

Fin de la uniformidad del pensamiento Mannheim (2004) desarrolla un argumento que me parece útil a este propósito. Desde que se establece el laicismo deja de regir “un modo único de pensar”. Se intentó, por cierto, llenar ese vacío con la ciencia. Esto, que fue relativamente posible en el campo de las ciencias naturales, se volvió mucho más difícil para las ciencias sociales.

Mannheim lo caracteriza en forma muy pedagógica:

(...) cuando surgen muchas pequeñas sectas allí donde antaño había una sola religión universal, las mentes de las gentes sencillas fueron presa de inquietudes parecidas a las que habían experimentado los intelectuales en el ramo de la filosofía, al observar la coexistencia de numerosas teorías de la realidad y del conocimiento. (2004:67).

El racionalismo intentó asumir la rectoría del buen pensar. La razón se postulaba como un sustituto de la religión. Sin embargo, en el Ecuador del siglo pasado la fuerza de las creencias religiosas sobrevivió a la arremetida del liberalismo. Y ello no solo en el ámbito de lo privado, también en la esfera política. Los partidos políticos -liberal, conservador, socialista y comunista- expresaban distintas y contrapuestas corrientes filosóficas y ninguna de ellas pudo ser aceptada como lo había sido la religión. Esta siguió teniendo mucha influencia en los sectores populares. Quizá ello explique la confluencia del ingreso de las masas en la escena política y el populismo. La democracia no pudo configurarse aquí de la misma manera que en los países desarrollados. Las élites fueron más permeables a la influencia de las grandes doctrinas, trasplantadas de esos países. Siempre se creyó, por ejemplo, que nuestra independencia se inspiró en los principios de las revoluciones francesa y norteamericana. El marxismo también fue trasplantado desde Europa. De ahí que líderes populistas como Velasco Ibarra renegaban de estas corrientes de pensamiento y abogaban por una suerte de nacionalismo ideológico, y que la Universidad chocara con él, como sede de un pensamiento racionalista.

La confrontación entre la teoría y la práctica

La Universidad en este contexto se debatió entre el aprendizaje académico y la agitación callejera. Regis Debray (1983) capta esta disyunción de manera elocuente:

Hasta entonces, yo había proseguido paralelamente una formación normal de las humanidades clásicas (filosofía, letras, historia) y una participación normal en las actividades públicas del momento (agitación primero, acción después) sin que se me hubiese ocurrido establecer ningún tipo de relación entre estos dos medios: entre lo que se aprendía en la escuela y lo que se experimentaba en la calle, entre la exégesis de los textos y el vuelo de los periódicos. Digamos entre los monumentos de la historia escrita, la grande, y las convulsiones de la otra, la pequeña, la que se hace o des-hace, diariamente. (1983:16).

El puente entre la labor académica y la lucha política fue la ideología. La ideología, anota Mannheim, “expresa nuestro escepticismo respecto de las ideas y representaciones de nuestro adversario”. Ello, a su vez, patentiza “la desintegración de la unidad intelectual” operada con el advenimiento de la modernidad. Frente a ello se recurrió al arbitrio de catalogar de científico a determinado credo y tildar de ideológico al credo contrario. Sólo que no había ninguna razón para eximirle al primero de pecar del mismo defecto.

Dice Mannheim:

(...) Hoy en día, ha dejado de ser privilegio exclusivo de pensadores socialistas el descubrir cimientos ideológicos bajo el pensamiento burgués y el desacreditarlo de ese modo. En la actualidad, grupos de diversas doctrinas esgrimen esa arma contra sus adversarios (...)

Podría decirse, entonces, que la práctica política fue carcomiendo la teoría y dejándola en manos de la ideología. La práctica política se tiñó de ideología. Y ello, por cierto, terminó afectando la práctica académica.

La Universidad, entonces, fue escenario de la confrontación de interpretaciones del mundo. El partidarismo se instaló en ella desde los sesenta. Se profundizó en las siguientes décadas y ello puso obstáculos al desarrollo de las ciencias sociales. Se confundió la ideología con la ciencia. A la política se le quiso dar un tinte científico, con lo cual se abonaba el terreno para la emergencia de tendencias autoritarias. Si, por ejemplo, “la teoría de Marx era omnipotente por ser verdadera” los partidos marxistas quedaban autorizados para arremeter contra los exponentes de una “falsa conciencia”. Ello explica que la Universidad haya vivido treinta años de terrorismo ideológico. Pero es necesario procesar esta experiencia para evitar que se repitan estos atentados contra la inteligencia. La Universidad no debe dejar de ser centro de reflexión y debate. Se debe trascender el partidarismo y no dejar que el conflicto intelectual se dirima con el exterminio ideológico del adversario.

La contienda académica

La discusión política, según Mannheim, posee un carácter fundamentalmente distinto de la discusión académica. Ésta tiene un carácter experimental “si quiere seguir dando cuenta de nuevas series de fenómenos”. El pensamiento dominado por una actitud política, además de que no puede “reajustarse continuamente a nuevas experiencias”, es en extremo beligerante.

La discusión política es, desde el principio, algo más que una argumentación teórica; desgarrar los disfraces, desenmascara los motivos inconscientes que ligan la existencia del grupo con sus aspiraciones culturales y con sus argumentos teóricos (...) (Ibíd.:72).

La Universidad ha enfrentado muchos desafíos. La política ha marcado su existencia. Sus autoridades, profesores y estudiantes con su pensamiento y acción contribuyeron al desarrollo de una conciencia libertaria. De su seno salieron líderes polí-



ticos que tuvieron en sus manos las más altas responsabilidades en la dirección del Estado y en la organización de las fuerzas sociales y políticas de vanguardia. Hoy le ha tocado enfrentar un nuevo desafío. Ya no frente a los gobiernos de la burguesía, sino a un gobierno que supo capitalizar el esfuerzo de generaciones que combatieron en favor de la justicia social. Se trata, pues, de una nueva coyuntura. Se ha operado una reacomodación de fuerzas en el país. No se sabe si la “revolución ciudadana” es un proyecto de transformación social o si expresa el nacimiento de un populismo radical. Sin duda, la dirección de este proceso es ejercida de manera personalista y autoritaria. Se advierten ya fisuras en la propia coalición gubernamental. Desde sus propias filas se levantan voces que denuncian el alejamiento del Gobierno de los principios enarbolados en Montecristi y recogidos en la actual Constitución. En todo caso, hay una marcada polarización de posiciones y concepciones sobre el presente y el futuro del país.

La democracia misma está en debate. Se cuestiona la validez de la democracia representativa y se postula una democracia plebiscitaria que hasta el presente se ha expresado en una decena de consultas populares. Sin embargo, también están en debate los resultados de la gestión gubernamental de los últimos cuatro años, a la luz de lo consignado en el plan de desarrollo oficial. Margaret Canovan (2005) sostiene que la democracia tiene dos caras que coexisten en tensión: un estilo pragmático y un estilo redentor. Creo que el gobierno de Correa está enfrascado en este dilema.

El Gobierno actual, mediante una ley de educación superior plantea un modelo articulado precisamente a dicho plan nacional de desarrollo y contempla mecanismos de vinculación de la Universidad con el Estado. El artículo 353 de la Constitución vigente establece

que el Sistema de Educación Superior se regirá por un organismo público de planificación, regulación y coordinación interna del sistema y de la relación entre sus distintos actores con la Función Ejecutiva; y por un organismo técnico de acreditación y aseguramiento de la calidad de instituciones, carreras y programas, que no podrá conformarse por representantes de las instituciones objeto de regulación.

Entre los fines de la educación superior se incorpora que “la educación superior es condición indispensable para la construcción del derecho del buen vivir, en el marco de la interculturalidad, del respeto a la diversidad y la convivencia armónica con la naturaleza”.

Creo que se ha puesto en debate el principio de la autonomía universitaria. El nuevo modelo que se pretende implantar supone una redistribución del poder dentro del sistema. Lucía Klein y Helena Sampaio (en Rollin Kent, 2002:94) sostienen que la evaluación “entendida como contraparte de la autonomía universitaria acaba por incidir sobre esa propia autonomía”, y anotan que “existe desconfianza por parte de la comunidad académica en relación con los procesos de evaluación, pues presupone que ellos cercenan la autonomía universitaria”.

No cabe duda de la necesidad de la evaluación como mecanismo que permita elevar la calidad de la educación superior, pero ello no debe realizarse con sacrificio de la autonomía universitaria. De lo contrario, la evaluación podría convertirse en un arma política empleada para silenciar y domesticar a la Universidad. Por otro lado, la evaluación debe ser de doble vía: está bien evaluar la educación superior, demandando de ella calidad. Pero también la Universidad debe evaluar la gestión gubernamental. También se debe reclamar y la sociedad reclama calidad de gobierno. Ello está conectado con la pugna de los gobiernos y los medios privados en





torno a la libertad de expresión. El prestigioso politólogo español Manuel Alcántara alerta que en un país como el nuestro “con una crisis de su sistema de partidos y un presidencialismo muy fuerte, los medios de comunicación pueden hacer un contrapeso a la concentración del poder”. “A mayor institucionalización –agrega– menor capacidad de los medios de cambiar el juego político, no de influir, porque los medios siempre lo van a hacer. La prensa en cualquier sociedad mediatizada del mundo tiene poder y eso no es malo, siempre que haya pluralidad y profesionalismo”.

Y es que además los medios no oficiales son un canal de petición de cuentas. Allí donde no hay fiscalización por la concentración de poder, se necesita disponer de medios no oficiales para detectar los abusos de poder y los malos manejos de los recursos públicos. Una prensa amordazada no puede cumplir ese papel. Por ello no es posible admitir que el Gobierno imponga su autoridad sobre la prensa independiente.

Estos dos casos nos llegan muy de cerca: la Universidad y los medios de comunicación ponen de manifiesto la pretensión de imponer en el Ecuador un modelo confrontacional, basado en la lógica amigo-enemigo. Nuevamente estamos en presencia de la cooptación ideológica de la política. La SENPLADES intenta dar al discurso gubernamental un cariz científico. Desde esa posición califica las evaluaciones no oficiales de la gestión económica del Gobierno como ideológicas. Estamos nuevamente en presencia de la intención de imponer desde el poder la verdad.

La Universidad, siguiendo su tradición crítica y libertaria, estoy seguro que hará oír su voz en defensa de la libertad, de la democracia y del buen gobierno.

Creo que la Facultad de Comunicación ha tomado partido por la búsqueda de un “terreno común de entendimiento” y ha rechazado que la palabra se convierta en instrumento para acentuar las diferencias de sentido. Dado que hay distintas corrientes de pensamiento, la comunicación está llamada a propiciar diálogos y debates. Y, claro, le corresponde a la Universidad, en tanto academia, impulsar el estudio sociológico del juego recíproco entre las ideas y la estructura social en dos direcciones diferentes pero complementarias: la influencia que la sociedad ejerce sobre el pensamiento, en medio de una serie de “juegos de la verdad” y la que estudia la influencia que un determinado tipo de conocimiento ejerce sobre la sociedad, bien sea a través de los *mass media* o a través de otros canales de comunicación. Ambas relaciones están mediadas por el lenguaje: aprehendemos el mundo a través del lenguaje.

La Universidad debe replantear su relación con la sociedad, recuperar su credibilidad en su capacidad académica y pedir cuentas a un gobierno que está poniendo bajo sospecha la solvencia de una propuesta de cambio. Si ésta fracasa, el descrédito recaerá no sólo sobre el Gobierno, sino sobre la tendencia que se supuso representaba. Y ello, por cierto, representará el desaprovechamiento de una nueva oportunidad histórica.